

La calle
Diario de un espectador
Pacheco en el Lido
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 9 de julio de 2009

El arquitecto Teodoro González de León transformó el antiguo cine Lido, llamado después Bella época, en un formidable espacio donde conviven formas diversas de la cultura. Por una parte, sobre la porción del edificio que se extiende sobre la avenida Benjamín Hiill se alza la librería Rosario Castellanos. Pero tan pronto se ingresa en ella, a mano derecha puede llegarse al Centro cultural Bella época. Ambos recintos están dedicados hoy a José Emilio Pacheco

En el centro cultural se exhibirán, dentro del ciclo El cine de José Emilio Pacheco, cuatro cintas, tres de ellas con guión debido a ese polifacético autor, y una más, igualmente con su arte de escritor cinematográfico, surgida de su más conocida novela, Las batallas del desierto. A las diez de la mañana se presenta El castillo de la pureza, de Arturo Ripstein, y a las doce El Santo Oficio, del mismo director. Por la tarde, Mariana, Mariana, de Alberto Isaac (en que Elizabet Aguilar hace de la joven madre del compañero de Carlitos, que se enamora de ella). Y las ocho de la noche, La pasión según Berenice, de Jaime Humberto Hermosillo.

Como se aprecia, queda un hueco en la programación vespertina. La causa es que a las 18.30, en la librería del conjunto cultural será inaugurada la exposición El tiempo que pasa, dedicada a José Emilio con motivo de sus muy festejados —muy justificadamente festejados— setenta años. Invita a esa inauguración el Fondo de Cultura Económica, y aparecen como una suerte de copatrocinadores el Conaculta y el Inba, así como las editoriales privadas Siglo XXI y Era, que acaba de poner en circulación las dos obras más recientes del poeta. Por su contenido y la dedicatoria al mismo escritor, la exposición que se abre esta tarde ha de estar emparentada con la que no lejos de allí, en el Centro de lectura Condesa, de Nuevo León 91, fue inaugurada el 12 de junio y que se titula como uno de los libros de Pacheco: No me preguntes cómo pasa el tiempo.

Por todas partes se expresa la devoción a este polígrafo. La sección de Cultura de la revista Este País, que con tanta diligencia como acierto dirige Malena Mijares, Cecilia Kühne le dedica un artículo titulado “Escribir es vivir en cierto modo”, que ejemplifica la devoción que las y los jóvenes experimentan hacia José Emilio, según lo detalló Elena Poniatowska en el homenaje al escritor, recogido el domingo pasado en La jornada semanal. Dice Cecilia Kühne:

“Para él, el mar pero también las arenas. El tiempo, sobre todo el tiempo.

Inventarios de todo lo posible y lo imposible; las noches que serán y las que han sido; el amor que puede ser asfixia y el desamor padre de todos los monstruos, pero también los parques y las calles, los murciélagos y los pulpos, el principio del placer y el invierno que nos va a llegar a todos.

De todo eso nos ha hablado José Emilio Pacheco.

Y sus palabras no son signos negros sobre una página blanca. Escritura solamente. Poesía por vocación indispensable....

El año en que él nació el castillo de Chapultepec se convirtió en Museo nacional de historia; se murió Sigmund Freud y TS Elliot publicó *The Old Possures Book of Practical Cats*. La guerra civil española terminaba y la segunda guerra mundial estaba comenzando.

La ciudad de México, su lugar de nacimiento, sí era la región más transparente, presumía de sus palacios y sus plazas y era la perfecta musa de cancioneros y poetas, la locación ideal para que relumbrara el cine de oro y una asombrada metrópoli que no daba crédito a la modernidad que la alcanzaba cada vez más rápida y reluciente. Los libros de Pacheco nos dijeron que muy probablemente fue un niño de la colonia Roma y sus lectores quisimos pensar que la historia de Carlitos —el héroe de *Las batallas del desierto*—era la suya propia”.